



***Alfredo Sánchez Bella. Un embajador entre las Américas y Europa. Diplomacia y política informativa en la España de Franco***

**Autor:** Antonio Cañellas  
**Editorial:** Ediciones Trea, Gijón, 2015  
**ISBN:** 978-84-9704-898-9  
**Páginas:** 443

El auge —a partir de la década de los ochenta del siglo pasado— de los estudios sobre Franco y su época, presenta, sin embargo, algunas lagunas de importancia. A mi juicio, la más importante de todas, es la ausencia de biografías políticas que puedan merecer ese nombre, para gran parte de los personajes (políticos, hombres de negocios, personas del mundo de la cultura, etc.) que desarrollan su

actividad en ese periodo. Antonio Cañellas ha venido a llenar este vacío, primero con la biografía de Laureano López Rodó (*Biografía política de un ministro de Franco*, Biblioteca Nueva, 2011), y ahora con la de Alfredo Sánchez Bella. Pero se sigue echando en falta un empeño similar con otros destacados protagonistas de la etapa franquista; nos vienen a la memoria Alberto Ullastres, Mariano Navarro Rubio o Fernando Castiella, pero son muchos los hombres (por desgracia, las mujeres apenas tenían espacio en la vida pública en esa etapa) que aún esperan que alguien se anime a acometer esa labor.

El libro de Cañellas pudiera encuadrarse a medio camino entre la biografía y la política, aunque es obvio, como el autor reitera en varias ocasiones, que pretende hacer un retrato ideológico de la persona y las ideas del político castellano. La división en capítulos sigue la trayectoria vital en un esquema que, a mi juicio, deja de lado las dis/continuidades y la evolución personal que sufre el pensamiento de Sánchez Bella a lo largo de sus 37 años de vida pública. Como bien resalta el autor, es la experiencia vital de la Guerra Civil la que marca la singular, rica y variopinta actividad del biografiado. Su evolución, lo adelantamos ya, será paralela a la de otros franquistas de su generación que, lejos de evolucionar con los nuevos tiempos, se enriscará en actitudes cada vez más intolerantes, sobre todo en las postrimerías del régimen, cuando todo parecía perderse con la cercana muerte de Franco, y la única solución ante tan

inevitable trance parecía ser limitar las libertades y aplicar una política de mano dura ante lo que, para Sánchez Bella, eran “subversivos”. De él pudiera decirse lo mismo que del Almirante Carrero Blanco: el discurso que llevaba en su cartera el 20 de diciembre de 1973, cuando un atentado terrorista acabó con su vida, podía haber sido escrito perfectamente en 1939, tal era el tono tremendista y falto de medida contra la amenaza comunista, liberal o masónica. En esto de los complots era experto Sánchez Bella, que parecía tener la curiosa habilidad de identificar todo tipo de conspiraciones o maquinaciones contra el régimen, a cuál más nefasta y peligrosa.

Como bien señala el autor del libro, la escasa bibliografía disponible sobre el embajador y ministro, su también escasa producción propia, ni siquiera tras abandonar sus responsabilidades políticas, han dificultado esa labor. En este sentido, un personaje paralelo, también necesitado de una buena biografía, es el ministro de Comercio y embajador de España ante el Mercado Común, Alberto Ullastres, muy poco aficionado a poner por escrito sus memorias u opiniones políticas. Por otra parte, la excesiva dependencia del archivo personal de Sánchez Bella no ayuda en exceso a distanciarse del personaje y ofrecer una imagen más equilibrada de su quehacer político. Tratándose, además, de un diplomático (todos los diplomáticos son, en el fondo, espías tolerados, a sueldo de su gobierno) muy imaginativo y de pluma fácil (días hay en que redacta tres misivas distintas a

Castiella, sumando más de veinte páginas en total), se corre el peligro, del que Cañellas habitualmente se salva, de hacer de la correspondencia diplomática algo que no es, fuente histórica exclusiva, cuando normalmente se trata de simples opiniones de alguien que procura tener los ojos bien abiertos. El propio carácter de Sánchez Bella –muy dado a cierta fabulación a partir de unos pocos datos– hace que deba tomarse *gramu salis* la catarata de correspondencia que enviaba desde sus distintos puestos. Como dijo él mismo una vez, “a pesar de que he inundado con cartas a Fernando Castiella en este último año, no accede a lo que le pido”. Se refería a la creación de una agencia de noticias de ámbito hispano-americano para contrarrestar a las grandes agencias que, en su opinión, estaban dominadas por masones y liberales.

Salvando este cierto “síndrome de Estocolmo”, creo que el autor traza una imagen bien ordenada y completa de la evolución personal e ideológica del embajador y ministro. Sánchez Bella procede –como la mayor parte del personal político del franquismo– de ambientes católicos militantes, algo que, junto a la experiencia vital de la guerra civil, marcará su adhesión incondicional a un nacional catolicismo del que Franco se convertirá en salvaguarda y modelo ejemplar para todos ellos. Juntos compartirán la paranoia por la triple conjura judeo-masónica-bolchevique. Sin embargo, durante una etapa importante de su vida –al menos hasta su marcha en 1957 a Santo Domingo–

, convive con un variado elenco de personajes, que evolucionarán en muy distintas direcciones: falangistas, tecnócratas ligados al Opus Dei (él mismo perteneció por poco tiempo a esta institución, y sus hermanos fueron altos dirigentes en España), democristianos, etc. Aunque el autor describe esa vida común con personas tan distintas, se echa de menos un análisis más profundo de las influencias mutuas que reciben unos de otros, aunque Sánchez Bella fue siempre de mentalidad poco abierta al cambio. En este sentido, me permito remitir a un artículo mío (*Sánchez Bella y la crisis del falangismo (1956-1962)*, en *Historia Actual Online*, que aparecerá próximamente, en el que se aborda cómo un Sánchez Bella que no evoluciona políticamente, atado por su “fidelidad a los principios del 18 de julio”, intenta taponar las brechas que se abren en el casco de la nave franquista, en forma de defecciones de los que antaño fueron sus amigos y camaradas de partido: Dionisio Ridruejo, Joaquín Ruiz-Giménez, Pedro Laín Entralgo, Luis Tovar. Todos evolucionan hacia posiciones democráticas, mientras él trata por todos los medios de mantenerlos sin éxito en la ortodoxia. No es cuestión baladí, atribuir su futuro endurecimiento en posturas integristas al fracaso en mantener cercanos al franquismo a quienes fueron colegas muy queridos.

Encuentro especialmente atrayente el capítulo dedicado a los años como embajador en Italia, en ese complejo baile que siempre tuvo que bailar con el embajador ante la Santa Sede. En

mis trabajos sobre la incorporación de España al Mercado Común, he podido abordar estos años romanos. Cañellas integra magistralmente los materiales encontrados en otros archivos italianos para ofrecer quizá la parte más brillante de la biografía. Si la apertura de los archivos del AGA lo permite, sería interesante completar otros capítulos con fuentes que no sean los propios despachos del embajador. Hace bien Cañellas en completar la biografía (“poner el techo”) con su etapa como ministro de Información, aun cuando sea la que menos relevancia tiene desde el punto de vista político. No creo que pueda calificarse a Sánchez Bella de “tradicionalista aperturista”, pero queda para una reedición del libro una ampliación de la actividad intelectual del biografiado en los últimos años de su vida.

En suma, creo sinceramente que Cañellas consigue el propósito formulado en la introducción de escribir un libro de amena lectura, pero sin abandonar el rigor y la hondura que permite conocer un poco mejor a uno de los varios personajes olvidados, que tanto protagonismo tuvieron durante los años del régimen franquista.

Jesús M. Zaratiegui  
Universidad de Navarra